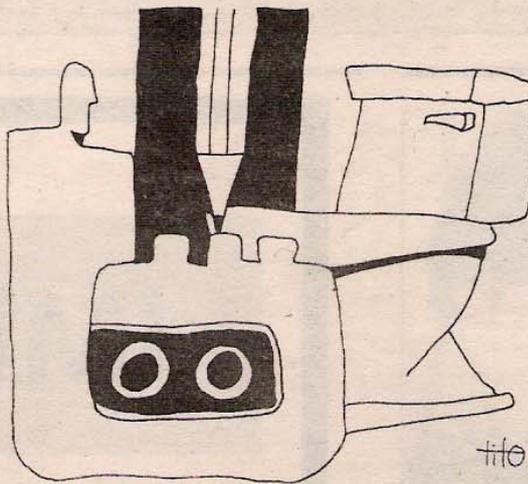


 VICTOR SAMUEL RIVERA (*)

Apuntes sobre el water y el walkman

La poesía y la vida cotidiana suelen ser un par de divorciados. Casados y divorciados. Un divorcio que comienza las más de las veces cuando uno se va del escritorio al baño, a hacer la cotidiana y abandonar el poema. Luego de seis meses de publicación del poemario *El corazón y la escritura* creo que puedo —y debo— declarar que Pedro Granados me ha hecho reconocer este divorcio, me lo ha hecho deliciosamente tolerable y, sobre todo, me ha recordado que hay un matrimonio en juego después de todo. Estética que hace del *water* la parte sentida, dolida y masculina de una poesía de estertor. Estética —cito— “aunque tengamos que cagar”. Una propuesta estética. Y que no arranca de este último poemario, que se gesta como una tenia inaccesible esposa en la infancia. Desarrollo que es de los primeros poemarios.

Hay un toque de heroísmo invertido en la obra de Granados. Un toque vallejiano, de morir el poeta en París haciendo el vicario del hombre y todo eso, pero al revés. Los poetas escriben —cito y vuelvo a citar— “aunque no queramos hacer el poema”, “aunque tengamos que cagar”. Este toque descansa sobre una concepción del lenguaje, el arte y la poesía que reescribe la idea del arte como escenario del



drama del hombre. Y no porque lo pretenda escenario de otros dramas con otros protagonistas, sino porque no lo busca más como escenario de nada. Más bien, la poesía es una convocatoria de la cotidianidad a seguir su curso y su ritmo, que a veces es drama y a veces comedia y a veces ninguna de estas cosas. Es un llamamiento a las fuerzas de todos los días a hacer su trabajo de siempre, o sea, llorar y reír, ir —o no ir— a la cama y al baño. Es una suerte de conjuro por hundirse en el misterio de lo ordinario, un conjuro que ocurre en el poema. Dice Granados: “Estas yemas que han brotado para la primavera/ me dicen exactamente lo que a ti te dicen. Nada más”. Lejos de ser la poesía un pasaporte para una pieza de teatro sublime, al con-

trario, es una suerte de recordatorio de que hay un universo cotidiano por conquistar.

Anodina sería esta propuesta si sólo significara un volver a lo de toda la vida puramente pragmático. En Granados se trata de un reto que pasa a través del documento poético. El poema mismo debe asumirse como parte de la práctica de la vida cotidiana a la que el poema invita. En ese sentido, la “Hojita delicada de papel. Lacerada hermana”, el documento del poeta, es su “hermanita” su

“igual”. El bendito toque heroico aparece invertido con la mediación de la experiencia poética. En lugar de dejar de ir al baño para irse a París a morir en lugar del hombre, el poeta es el héroe que deja de ir al baño cuando tiene que aguantarse las ganas para escribir sobre eso. Hay que reescribir la propia renuncia al *water* como un hecho estético. Tal y como resume el propio poeta en *El muro de las memorias* (1989): “Mis sentimientos no vienen del pueblo ni van hacia él. Viene de mi *walkman* completamente negro”. Granados nos reta a la estética del *walkman*. Y es que ya es hora de que la poesía nos haga llevaderos nuestros paquetes.

(*) Miembro de la Sociedad Peruana de Filosofía.